

DE LAS LUCHAS A LAS BATALLAS DECISIVAS POR LA INDEPENDENCIA DEL PERÚ

Gral. Brig. EP Juan Urbano Revilla
jurbanor@hotmail.com
Centro de Estudios Histórico Militares del Perú
Lima, Perú

Resumen

El proceso de la independencia del Perú tiene raíces propias, muy extensas en el tiempo, lo que es necesario revisar para la comprensión de la dimensión histórica del trayecto libertario americano, así como para apreciar la participación intensa de diversos actores, locales y foráneos, que confluyeron en el territorio peruano.

Entonces, la era virreinal en el Perú no fue tiempo de sosiego, pues en cerca de tres centurias se suscitaron acciones de lucha con centenares de enfrentamientos, rebeliones, sublevaciones, conspiraciones e insurgencias. Es más, el rechazo a la conquista se inició con el ejército incaico de Manco Inca en 1536, con el propósito de expulsar a los invasores, y solo con la derrota de dicho ejército se consolidó el dominio hispano en el continente.

No obstante, en nuestro territorio surgieron otros ejércitos autóctonos en 1742, 1780, 1814, más alzamientos armados, y luego arribaron las corrientes libertadoras del sur y del norte, con lo cual el Perú se convirtió en el centro de la guerra continental, hasta llegar a las batallas decisivas de Junín y Ayacucho en 1824, que lograron la libertad definitiva del Perú y de América.

Palabras clave: Independencia, Virreinato, luchas, batallas, Ayacucho.

Introducción

La Independencia fue más que una larga lucha, fueron muchas luchas que en el tiempo culminaron en una gran guerra donde el Perú fue el campo de las batallas decisivas.

La América del Sur no podía ser independiente si no estaba asegurada la independencia del Perú. Al ser el Virreinato del Perú el mayor centro del poder hispano en el continente, desde Lima salían contingentes para aplacar las revoluciones de la periferia, como sucedió, a partir de 1809, con Quito, Chuquisaca, La Paz y Chile, y además se brindaron auxilios económicos hacia Panamá y el Río de la Plata, remitiéndose hasta pólvora a este último polo insurgente. Entonces, la guerra contrarrevolucionaria impulsada por los realistas era en sí el otro lado de la guerra de independencia llevada a cabo por los patriotas. Con el arribo al Perú de la expedición libertadora del sur, la guerra adquirió una dimensión continental, en suma, el Perú fue el centro de la guerra americana por la independencia.

La presente ponencia se desarrolla planteándose la cuestión de ¿Cómo entender la independencia del Perú bajo la perspectiva de la historia militar?, en aquella complejidad de los factores político, económico, social y militar; asimismo, busca conocer ¿Que procesos se desarrollaron desde las luchas hasta las batallas decisivas? y ¿Cuáles fueron los actores de los hechos de independencia y contraindependencia?, en el contexto particular peruano que alcanzó dimensión continental.

Los inicios de una larga lucha libertaria

Los orígenes de la lucha libertaria en nuestro territorio aparecen con el inmediato rechazo a la conquista española; es decir, al tratar de expulsarlos y resistirse al dominio exterior. Se organizaron ejércitos, en el sentido de constituir fuerzas de un conjunto de hombres que actúan en defensa de lo propio, empleando sus armas disponibles y formas básicas de lucha, contando con una dirección y propósito. Esto lo encontramos desde 1532 con el rechazo a los conquistadores y con el ejército incaico de Manco Inca, que en 1536 emprende el combate contra los españoles desde el reducto de Vilcabamba, hasta culminar en la ejecución del último inca, Fernando Túpac Amaru, en 1572.

Si bien se asentó el Virreinato, las luchas continuaron y aparecieron “ejércitos autóctonos”, como el de Juan Santos Atahualpa, de composición multiétnica, irreductible en las montañas de la selva, de 1742 a 1752; así como el ejército de José Gabriel Condorcanqui, Túpac Amaru II, que sumó indígenas y mestizos organizados en unidades disciplinadas y con jerarquía

militar, cuya revolución remeció la estructura virreinal de 1780 a 1783, siendo este el mayor movimiento libertario del continente americano, hasta que fue duramente aplacado con grandes afectaciones contra la población nativa.

Así, la era virreinal no fue un período de inercia libertaria, prueba de ello la encontramos en las múltiples acciones que, durante los siglos XVI, XVII y XVIII, emprendieron los pueblos nativos en su lucha latente con el propósito de librarse de la dominación. Mención importante merece la conspiración indígena en 1750, de los ollereros de Huarochirí en Lima para ejecutar españoles y al propio virrey, debelada en la capital, en el centro del poder virreinal; así como el inmediato levantamiento indígena de Francisco Ximénez Inga y otros, en la localidad de Huarochirí, sofocado ese mismo año. En suma, en casi tres centurias se suscitaron más de 190 enfrentamientos, rebeliones, sublevaciones, conspiraciones e insurgencias, hechos sustentados en las investigaciones de los historiadores Temple (1971), O'Phelan (1976), Rowe (1976), Golte (1980), Durand (1984), Guillen (1994) y Hamann (2012).

En el siglo XIX, los alzamientos libertarios fueron más evidentes. La conspiración independentista de Gabriel Aguilar y Manuel Ubalde en el Cusco, en 1805, se dio mucho antes de la crisis hispánica de 1808. Luego, tenemos los alzamientos de Zela, más los caciques Ara y Copaja, en Tacna, en 1811; la de los panataguas más Crespo y Castillo, en Huánuco, en 1812; y el movimiento liderado por los hermanos Paillardelle, de nuevo en Tacna, en 1813; acciones con evidente participación popular.

Empero, la insurrección más significativa fue la revolución del Cusco de 1814 a 1815, emprendida por los hermanos Angulo, junto al brigadier y cacique Pumacahua, quienes organizaron lo que se podría denominar “ejércitos nacionalistas”, compuesto por criollos, mestizos e indígenas, con instrucción militar y bajo el modelo de ejército europeo; desarrollaron campañas militares hacia Puno, La Paz, Huamanga y Arequipa, empleando banderas de guerra y símbolos patrios de tradición incaica. En estrecha relación con sectores religiosos cusqueños, estas tropas fueron encomendadas a la protección de la Virgen de las Mercedes y progresaron con triunfos iniciales; es más, en una evidente declaración de independencia, en Arequipa se emitió una proclama a la “sagrada causa de la patria”, anunciando ser el “año primero de la libertad peruana” (CDIP, T. III, Vol. 7, pp. 386-387). Sin embargo, la revolución fue derrotada con la acción

decisiva de las experimentadas tropas realistas del general Ramírez. Con la eliminación de estas fuerzas se terminó con las luchas de los primeros ejércitos propios, aquellos formados por el pueblo más liderazgos locales. Entonces, si bien la acción de estos ejércitos elementales, así como las continuas reacciones de rechazo de los pueblos, no pueden ser vistos como hechos conectados, sí constituyen una muestra de las luchas incesantes y centenarias de los propios naturales del Perú, contra el dominio virreinal.

Por otro lado, en el campo de las ideas, desde décadas atrás los pensamientos de peruanos también emergieron de acuerdo con las revoluciones. Baquíjano y Carrillo (1781), en el contexto del levantamiento de Túpac Amaru II, expresó al virrey de Jáuregui “No se registrará V.E. en un orgulloso gabinete calculando fríamente la miseria y desesperación del súbdito”; es decir, recomendaba el respeto de los gobernantes, pero también de los gobernados. Juan Pablo Vizcardo y Guzmán (1799), de igual modo a partir de lo hecho por Túpac Amaru, empezó a escribir proyectos de independencia y su “Carta a los españoles americanos”, donde exhortaba al derecho que asistía a los naturales de América a dirigir su propio destino. La aparición del Mercurio Peruano (1791), con sus escritos sobre el Perú, marcó la opinión de los patriotas en los siguientes años, de la existencia propia que se alejaba cada vez más de lo español. Como refirió el historiador De la Puente (1971), era el “tiempo precursor”, donde en un entrecruzamiento de ideas, de la incertidumbre ante el futuro, se afirma la separación (p. 9).

Entonces, las manifestaciones de los pueblos peruanos por la recuperación de su libertad e independencia siempre estuvieron latentes. Se suma a ello que, previendo Pezuela la invasión de la corriente libertadora del sur en algún lugar cercano a las costas de la capital, el virrey apreció que en el país la situación de “infidelidad” a la causa del rey era inocultable y de curso inevitable, lo que expone en carta dirigida al ministro de Guerra de España, de fecha 13 de noviembre de 1818, cuyo resumen dice:

[...] y la deplorable aptitud que en todos sentidos me veía reducido para resistirles, y contener sobre todo la explosión general que en tal caso amenaza fijamente la infidelidad demasiado propagada en las provincias, me ofrecían de un modo imprescindible reconcentrar las fuerzas, [...] para reforzar en lo posible estos puntos (inmediaciones

de la capital del Perú)¹, cuya pérdida arrastraría sin remedio la de toda la América del Sur. (Pezuela, 1821, p. LXI)

Todos estos hechos, toda esta convulsión de los pueblos, donde participaron indígenas, mestizos, criollos y demás habitantes peruanos, ocurrieron antes de la llegada de las fuerzas militares de San Martín y Bolívar, cuyo concurso no hubiera sido posible de no existir aquel campo sembrado por las acciones libertarias de los peruanos.

La contraindependencia desde el Virreinato del Perú

A inicios del siglo XIX, el sistema político militar de los Virreinos americanos, —que fuera implementado con las reformas borbónicas del siglo anterior—, se pone a prueba. Es con la invasión napoleónica a España en 1808 y la abdicación del poder de Fernando VII que se origina en la península una lucha por recuperar su soberanía; y en el continente hispanoamericano, a partir de 1809 aparecen juntas de gobierno en Quito y La Paz, de aparente fidelidad al rey cautivo, pero llevando el germen de la revolución independentista. A partir de entonces aparece la contraindependencia impulsada desde el Virreinato del Perú.

Abascal, el brazo fuerte del rey en América

El virrey del Perú, José Fernando de Abascal y Souza, responde tomando la ofensiva y envía un batallón del Regimiento Real de Lima, al mando del coronel Manuel Arredondo, para batir a los alzados en Quito; luego, envía también otro batallón de dicho Regimiento, desde Lima hasta La Paz, en apoyo al Brigadier José Manuel de Goyeneche, nombrado presidente de la Audiencia del Cuzco, quien sumando tropas milicianas de Arequipa, Cuzco y Puno, somete a los revolucionarios del movimiento de La Paz.

Luego, al conocerse en Lima la revolución de mayo de 1810 en Buenos Aires, surge la solicitud de auxilio de las autoridades realistas del Alto Perú para enfrentar dicha revolución, pero, además, invocan agregarse al gobierno del Virreinato del Perú. Ante ello, mediante bando del 13 de julio del mismo año, el virrey Abascal en enérgica medida decretó la reincorporación de la Audiencia de Charcas al Virreinato del Perú, en todos

¹ El subrayado es mío.

sus ramos de Hacienda, Guerra, Política y Justicia, no obstante conocer que los territorios americanos solo podían desprenderse por disposición real. Empero, Abascal (1810) justificó su acto argumentando que lo hacía por ser “obligación de los jefes el dar pronto remedio a los males que se cernían sobre los vasallos del rey, por todos los medios que dicte la justicia”; además, refería que su orden duraría hasta la restitución del virrey del Río de la Plata y demás autoridades realistas.

Es más, el mismo 13 de julio de 1810, el virrey Abascal dispone la creación del Ejército Real del Alto Perú, puesto al mando del general Goyeneche y conformado por milicias mayormente indígenas, más cuerpos veteranos, con el cual emprende las campañas contrarrevolucionarias para hacer frente a los movimientos insurgentes provenientes del Río de la Plata. Así, entre 1811 y 1815, se suceden los combates de Guaqui, Vilcapuquio, Ayohuma y Viluma, donde el ejército realista en el Alto Perú derrota a las fuerzas porteñas independentistas. Además, Abascal emprende la reconquista de Chile en 1814, enviando desde Lima al coronel Mariano Osorio al frente de 374 efectivos recién llegados de la península, miembros del temible regimiento Talavera, más soldados locales, hasta alcanzar 600 efectivos, quienes derrotan a los insurgentes sureños en Rancagua.

Mientras que, en el frente interno del Perú, entre 1811 y 1813, se aplacaron los movimientos de Tacna y Huánuco; luego, en 1814-1815, se enviaron tropas realistas desde Lima y el Alto Perú, contra la revolución de Cuzco, derrotando a los insurgentes nacionales en los duros combates de Puno, Huamanga y Arequipa. Con estas acciones militares, bajo la férrea conducción del virrey Abascal, la revolución entró en retroceso en el continente. De Abascal, Rey de Castro (2018) cita al historiador Vicuña Mackena, quien refiere: “si no había rey en España, Abascal lo era en América” (p. 143); su régimen emprendió ofensivas y solo conoció victorias.

Pezuela, Lima en el centro de la guerra

En 1816, el nuevo virrey Joaquín de la Pezuela, entendiendo el estado de guerra y contando con la llegada de nuevos refuerzos militares peninsulares, disponibles luego de liberarse de la invasión francesa, reorganiza sus fuerzas en tres núcleos: el Ejército de Lima, el Ejército del Alto Perú y el Ejército de Reserva, además de ordenar reclutamientos

forzosos, con lo cual elevó sus fuerzas a 23,000 efectivos (Medina, 2010, p. 71).

A la sazón, desde 1813 llegaron al Virreinato del Perú las unidades expedicionarias españolas de refuerzo: primero, con los 1500 efectivos del regimiento Talavera; luego, en 1815, de las fuerzas realistas de Pablo Morillo, que operaba al norte del continente, arribaron el batallón ligero de Cazadores de Extremadura, el 4º regimiento de Húsares de Fernando VII, el 4º regimiento Dragones de la Unión, una compañía de zapadores y una compañía de artillería, sumando unos 1600 hombres. Posteriormente, entre 1816 y 1817 se incorporaron los efectivos del Gerona y el Cantabria, este último refundido en Lima con otra unidad formó el regimiento Infante Don Carlos, con unas 3200 plazas; también se agregó el 1er. batallón Burgos 21º de línea, un escuadrón del regimiento Lanceros del Rey, una compañía de artillería volante, y los efectivos del Dragones del Perú. En 1818, se añadieron más tropas realistas al Cantabria (Basadre, 1973, pp. 149-150).

Pezuela logró mantener contenido el frente del Alto Perú, frenando las avanzadas emprendidas en dicho sector por las fuerzas patriotas de Buenos Aires. Empero, entre 1817 y 1819, a pesar de las nuevas expediciones contra los independentistas de Chile, el ejército realista retrocede en el país del sur. Así, tras las derrotas realistas en Chacabuco y Maipú, las fuerzas virreinales se refugian en dicha región o vuelven a Lima. Con ello, se inicia la preparación de la expedición libertadora que arriba a costas peruanas en 1820.

La Serna, la sierra en el centro de la guerra

En 1821, los jefes realistas deponen del mando a Pezuela, tomando el cargo de virrey el general José de La Serna, quien emprende un nuevo despliegue estratégico de sus fuerzas, abandona Lima y se interna en la sierra de Jauja y Cusco, lugar este último donde traslada su gobierno. Entre 1822 y 1823, los realistas derrotan a los ejércitos patriotas peruanos en los combates de Ica, Torata y Moquegua. Luego, el virrey reorganiza sus fuerzas en el Ejército del Norte y el Ejército del Sur, reuniendo entre ambos unos 18,000 efectivos, los que en 1824 enfrentarían los combates decisivos por la independencia del Perú (Dellepiane, 1965, p. 194). Tras el triunfo patriota en Junín, el virrey reagrupa sus fuerzas conformando el Ejército de Operaciones del Perú, que se presentó en el campo de Ayacucho con unos

10,000 hombres, donde se desarrolló la batalla final hasta la capitulación realista.

La guerra y las batallas decisivas en el Perú

La independencia ingresa a una etapa de guerra decisiva con la participación de las fuerzas de San Martín y Bolívar, en situación de “ejércitos auxiliares” en la independencia del Perú, al haber una movilización de tropas rioplatenses y chilenas del sur, y de grancolombianas del norte, sumándose también efectivos peruanos, se articuló una gran guerra en suelo peruano que, con la independencia del Perú, aseguraba la independencia continental.

La etapa sanmartiniana

El apoyo peruano para la expedición libertadora de San Martín de 1820 fue importante desde la concepción de los planes, con participación de Riva Agüero, en el arribo de la misma expedición en suelo confiable que lleva a la incorporación de unos 1000 peruanos y el suministro de recursos para las tropas, permitiendo sus operaciones en la costa y sierra, a lo que se suma la formación y acciones de las guerrillas sobre los españoles, entre otras intervenciones; que de no haberse dado, según refiere Basadre (1973) citando a Paz Soldán, San Martín se hubiese reembarcado. Es más, la activa participación de las guerrillas en esta etapa, se constituyeron en un medio de expresión político y militar de los pueblos, siendo representantes de sus intereses.

La campaña a la sierra central, emprendida por el general Álvarez de Arenales a partir de octubre de 1820, logró sumar efectivos y que los pueblos del centro del país declaren su independencia, además, se triunfó en la batalla de Pasco de diciembre de 1820. Luego, en marzo de 1821 sale una expedición al sur con Guillermo Miller que obtiene la victoria de Mirave el 22 de mayo de 1821. Paralelamente, desde abril del 2021, Álvarez de Arenales desarrollaba la segunda campaña de la sierra para retomar la zona ocupada por los realistas. Estos movimientos sirvieron a San Martín para sembrar la incertidumbre en el frente realista de los propósitos patriotas. Además, la intensa actividad de guerrillas y montoneras acechando en las quebradas de acceso hacia la capital, configuraban un escenario militar de presión sobre los realistas afincados en Lima y en la mesa de negociaciones de Punchauca. Por el norte, en junio de 1821 se produce la batalla de Higos Urco, victoria con participación del pueblo de Chachapoyas que ayudó a

consolidar la independencia proclamada por la importante Intendencia de Trujillo.

El esfuerzo libertario continuó, y en 1822, una División Peruana de 1700 hombres, formada en Piura, es enviada por San Martín en apoyo a la campaña libertadora del norte, de abril y mayo de 1822, decidiendo la independencia quiteña, a la vez que aseguró la libertad de Colombia. Con ello, se obtuvo el compromiso de Bolívar con el Perú; y, al quedar libre de realistas la zona norte, se facilitó el posterior paso de las fuerzas grancolombianas a favor de la independencia peruana.

La etapa peruana

El retiro de San Martín en septiembre de 1822 dio paso a un momento eminentemente peruano. El 20 de ese mes se instaló el Congreso Constituyente del Perú que en la misma fecha declaró que “la soberanía reside esencialmente en la nación”.

El Congreso peruano estableció la Junta Gubernativa, como órgano encargado del Poder Ejecutivo y de continuar prestamente las acciones de la guerra. Dicha Junta, compuesta de tres personas, adolecía de autonomía y decisión ya que dependía del Congreso. Como principal medida, la Junta Gubernativa emprendió la primera campaña a los Puertos Intermedios del sur, en octubre de 1822, cuyo plan comprendía la formación de un cuerpo de ejército que actuara por la sierra central y otra expedición que desembarque en los puertos del sur y se sumen fuerzas del exterior, rioplatenses y chilenas. Fue un plan complicado, y de otro lado, aparecieron exigencias excesivas por parte de la División Colombiana del general Juan Paz del Castillo para entrar en operaciones, lo que no fue aceptado por la Junta que dispuso el retiro de esas fuerzas colombianas a su país; ello debilitó la potencia de los contingentes previstos para dicha campaña. No obstante, partieron las fuerzas patriotas, entre ellas la Legión Peruana de la Guardia, sumando unos 4000 hombres. El resultado fue adverso para los patriotas, con serias derrotas en las batallas de Torata y Moquegua en enero de 1823.

Mientras, el Congreso peruano emitió los decretos del 24 de octubre y 4 de noviembre de 1822, dando facultades a la Junta para “levantar cuerpos del Perú y reemplazar las bajas que estos tengan”, así como “que las clases militares del ejército y armada vacantes, o que vacaren, se provean en

oficiales peruanos” (Gaceta del Gobierno, T. III, N° 36, p.1 y N° 42, p.1); es decir, incrementar las fuerzas con oficiales y tropas peruanas.

La derrota militar originó la caída de la Junta Gubernativa y el nombramiento de José de la Riva Agüero y Sánchez Boquete como presidente de la República. El nuevo gobierno de Riva Agüero emprendió intensas acciones para la guerra, empezó a agrupar a las unidades peruanas, reuniendo a los Batallones N° 1 de la “Legión Peruana”, “Cazadores”, “Vencedor”, 1°, 3°, 4° y 6°, además, los Escuadrones 1°, 2° y 3° de “Húsares de la Guardia” y dos Escuadrones de “Lanceros”, llegando a unas 5000 tropas peruanas para continuar las operaciones militares.

Estas fuerzas participaron en la segunda campaña a Puertos Intermedios, saliendo al sur a fines de mayo de 1823, siendo consideradas como el Ejército del Perú. La expedición siguió un plan similar a la campaña anterior, y como aquella tampoco concretó la participación de fuerzas del exterior, aunque logró un importante triunfo en la batalla de Zepita de agosto de 1823; sin embargo, no se pudo consolidar la victoria y luego de acciones de gran sacrificio se produjo un fragoso repliegue que diezmó al ejército que retornó con solo unos 700 hombres, quedando mermadas las tropas nacionales.

La etapa bolivariana

Con la debacle de esta segunda campaña a Intermedios y los avatares políticos que ponían en vilo la independencia, el Congreso peruano convocó la llegada del general Simón Bolívar en septiembre de 1823 para combatir el poder militar virreinal, arribando unos 6000 efectivos de tropas grancolombianas. Bolívar recibió plenos poderes y con su ministro peruano José Faustino Sánchez Carrión, implantaron un riguroso “estado de guerra”; ubicaron su cuartel general en Trujillo, se sumaron las unidades peruanas organizadas en esa región durante la gestión de Riva Agüero, se reunieron recursos para el sostenimiento de las tropas y ejecutaron un implacable reclutamiento en masa en los departamentos del norte y centro del país, enrolando a más de 5700 peruanos que incrementaron las fuerzas patriotas.

Para 1824, con las fuerzas grancolombianas, las unidades peruanas, las unidades rioplatenses y efectivos chilenos, quedó organizado el “Ejército Unido Libertador”, férreamente entrenado y que llevaría adelante las batallas decisivas. Primero en Junín, donde la caballería de los “Húsares del Perú”

desencadenó un relevante éxito sobre la caballería realista. Luego, en Ayacucho, en los campos de la Quinua donde se libró la mayor contienda de América; allí, una división peruana, dos divisiones grancolombianas y una división de caballería, se enfrentaron a cuatro experimentadas divisiones realistas, haciéndolas capitular el 9 de diciembre de 1824 y con lo cual se abatió cerca de 300 años de dominación española en el Perú y América.

El siguiente cuadro resumen nos detalla las intensas campañas de la guerra por la independencia peruana durante las etapas finales de las batallas decisivas, con participación de ejércitos, guerrilleros y montoneros, hasta la capitulación realista en Ayacucho.

<i>Etapas sanmartiniana</i>	<i>Etapas peruana</i>	<i>Etapas bolivariana</i>
<i>“Ejércitos Auxiliares” más peruanos</i>		
<i>Ejército Libertador del Perú:</i> <i>Campañas a Sierra Central/Sur/Quito</i> ✓ <i>Pasco, 1820</i> ✓ <i>Mirave, 1821</i> ✓ <i>Higos Urco, 1821</i> ✓ <i>Pichincha, 1822</i>	<i>Ejércitos:</i> <i>1ª. Campaña Ptos. Intermed.: 4000 h.</i> ✓ <i>Torata, 1823</i> ✓ <i>Moquegua, 1823</i> <i>2ª. Campaña Ptos. Intermed.: 5000 h.</i> ✓ <i>Zepita, 1823</i>	<i>Ejército Unido Libertador:</i> <i>“Estado de Guerra”</i> ✓ <i>Junín, 1824</i> ✓ <i>Ayacucho, 1824</i> ✓ <i>Capitulación</i>
✓ <i>15 Combates</i>	✓ <i>2 Combates</i>	✓ <i>3 Combates</i>
✓ <i>Total: 9 Batallas, 20 Combates y 1 Capitulación</i>		
✓ <i>Guerrilleros y montoneros</i>		

Independencia, ni concedida, ni guerra civil

En el escenario del Bicentenario de la Independencia, aún se aprecian voces que aluden al “esquema” de Bonilla y Spalding (1972), de una independencia “concedida” desde el exterior y de silencio popular interior (p. 16 y p. 58). Esta tesis, de enfoque marxista, esgrimida cinco décadas atrás, difiere de la historia política relativizando los hechos de la independencia, al verla bajo el parámetro de buscar un sistema económico y una burguesía, argumentando que no existió una lucha de clases ni cambio de estructuras. Asimismo, dicho planteamiento no tuvo en cuenta los estudios de la historiadora Temple (CDIP, T.V., Vol. 1,

1971) sobre la participación de las clases populares indígenas, mestizos y afrodescendientes en guerrillas y montoneras; además, fue prontamente rebatido por Jorge Basadre (1973), dejando en claro la acción popular y el enorme aporte de los pueblos, es decir, no hubo “silencio” popular. De otro lado, están las extendidas investigaciones de Cecilia Méndez (2014), sobre la actuación de los sectores rurales de la sierra central. El presente texto también sigue la línea de presentar la amplia participación de los peruanos en la independencia. Es más, en décadas recientes una serie de estudios de historias locales dan cuenta indubitable de la participación popular en nuestra independencia, desde las miradas de los cabildos o ayuntamientos, de su acción en las guerrillas o montoneras, su apoyo en recursos y las vicisitudes de ello, todo lo cual demuestra que la independencia no fue un acto concedido. Por tanto, la historiografía peruana tiene la tarea de superar esa postura de subestimación de los hechos, insertada desde la cincuentenaria tesis ya debatida, y se debe propender a una narrativa histórica en superlativo sobre lo actuado por los diversos estamentos peruanos en la independencia.

De otro lado, existe la recurrencia en la apreciación de “guerra civil” al tratar la independencia. En ello se tiene la visión de la historiografía hispanista, con punto de partida en la crisis monárquica de 1808, luego de la cual los llamados “insurgentes” en el continente americano, reaccionan ante un tema “español”, donde luchan peninsulares, mestizos e indios (Rodríguez Casado, 1944, p. XCV). En la historiografía peruana existen escritos que la aprecian de igual modo, al tratar que en la independencia pelearon peruanos en ambos frentes.

Al respecto, se debe tener en cuenta que en dicha visión hispana no se aprecian los movimientos libertarios y todas las acciones realizadas con anterioridad al siglo XIX, como las descritas en este texto; además, observa su tema “español” desde la perspectiva de la historia de España. Entonces, se debe tener en cuenta que en la independencia del Perú, en su largo proceso y claramente en su etapa de las guerras decisivas del siglo XIX, estamos ante un tema “no español”, donde existen dos frentes que obedecen a dos intereses opuestos. Uno de ellos, el interés hispano, el foráneo que quiere mantener su dominio obtenido por la conquista; y de otro lado, está el interés local que quiere alcanzar la independencia para tener un destino y gobierno propio, fuera de la esfera hispana; es decir, no es la lucha de dos bandos para asumir y continuar el poder hispano

en el Perú, por lo que no estamos ante una “guerra civil”. En el desarrollo de una gran guerra, se llegó al resultado de emerger otro estado, diferente al de España.

Para clarificar esta postura, tenemos el ejemplo de las guerras del siglo XVI, entre los conquistadores y los encomenderos, en los primeros gobiernos del Virreinato, verdaderas “guerras civiles” por el poder hispano en el Perú; otro caso pudo presentarse luego del motín realista de Aznapuquio, donde se estuvo al borde de una guerra civil entre las facciones del virrey Pezuela y del general La Serna. En dichos sucesos hubo una lucha e intereses, dentro del marco del poder hispano virreinal.

Diferente fue el contexto de la independencia del Perú, y si bien en la lucha de las batallas decisivas que culminaron en Junín y Ayacucho, existieron soldados peruanos en ambos frentes y también hubo habitantes que en la incertidumbre de determinados momentos apoyaron a una u otra parte, ello es parte de la complejidad de la guerra, mas no ausencia de conciencia de hombres y de pueblos, heterogénea y en una sociedad diversa, donde a la luz de los propósitos emprendidos y el objetivo final alcanzado, tenemos una independencia que es un tema “peruano”, del cual emergió un estado propio, los peruanos se decidieron por la República y se encontraron ante un futuro diferente, de oportunidades para los diferentes estamentos de la sociedad.

Conclusiones

Desde la misma conquista, en los pueblos oriundos del Perú se inició el rechazo al yugo español y se emprendieron diversas luchas en el tiempo para recuperar la libertad, que no fue concedida, sino claramente obtenida en los campos de batalla, transcurriendo por sendas de sacrificio hasta llegar a la luz en Ayacucho.

Con las batallas decisivas, el Perú se convirtió en el mayor campo de batalla continental, un teatro de operaciones desde Quito y Chachapoyas hasta Potosí en el Alto Perú, con lo cual forjó una doctrina militar propia sustentada en el gran valor del soldado oriundo, de insuperable resistencia en la acción regular y astucia en las guerrillas,

afirmando el empleo de los Andes como el escenario principal de combate.

El Perú es depositario de la continentalidad de la causa de la independencia en Hispanoamérica y desde 1820 hasta las gestas de Junín y Ayacucho, tiene el privilegio de unir las armas peruanas, colombianas, argentinas y chilenas, con quienes logró la libertad que permitió a las nuevas repúblicas forjar sociedades de ciudadanos en la búsqueda de un futuro mejor.



Mural "La Independencia", de Teodoro Núñez Ureta, en el Panteón de los Próceres, 1971

Referencias

- Basadre Grohmann, J. (1973). El azar en la historia y sus límites. Con un apéndice: La serie de probabilidades dentro de la emancipación peruana. Ediciones P.L.V.
- Bonilla, H. y Spalding, K. (1972). La independencia en el Perú: las palabras y los hechos. En *La independencia en el Perú* (1a. Ed). Instituto de Estudios Peruanos.
- Colección Documental de la Independencia del Perú [CDIP] (1971-1974). La acción patriótica del pueblo en la emancipación. Guerrillas y montoneras (T. V., Vol. 1 al 6). Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.
- Colección Documental de la Independencia del Perú [CDIP] (1974). Conspiraciones y rebeliones en el siglo XIX (T. III., Vol. 7). Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.
- De la Barra, F. (1966). La historia militar peruana. Imprenta E.R.V.
- De la Puente, J. (1971). El tiempo precursor. En *La independencia nacional. Conferencias dictadas por encargo de la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú*. Editorial Jurídica S.A.
- Dellepiane, C. (1965). Historia Militar del Perú (5ª Ed., T.I.). Imprenta CMLP.
- Durand, L. (1984). Independencia del Perú: Culminación de la lucha centenaria contra la dominación española. En *Historia General del Ejército Peruano* (T. IV, Vol. 2). CPHEP. Ministerio de Guerra.
- Gaceta del Gobierno de Lima Independiente (1950). Tomos I a III. Julio 1821-Diciembre 1822. Universidad de La Plata. Argentina.
- Golte, J. (1980). Repartos y rebeliones. Instituto de Estudios Peruanos.
- Guillén, E. (1994). La guerra de reconquista inka. R.A. Ediciones.
- Hamann, H. (2012). Identidad nacional y su problemática. A. C. Ortega S.

General de Brigada del Ejército del Perú, Juan Urbano Revilla

Egresó de la Escuela Militar de Chorrillos, el 1 de enero de 1982, obteniendo el primer puesto del Arma de Ingeniería y el Diploma de Honor a la Mayor Calificación de Carácter Militar de la 86° Promoción “De los Héroes de San Juan y Miraflores”. Es Máster of Science in National Resource Strategy, por la National Defense University, Washington D.C., USA; con posgrado en el European Center for Security Studies “George C. Marshall” en Alemania y otros estudios castrenses en Canadá, China y Colombia. Ha sido Comandante General de la 22ª Brigada de Ingeniería en el VRAEM; ostenta todas las condecoraciones militares correspondientes a su rango, el Cintillo de la Pacificación Nacional y la Medalla Académica del Ejército en grado “Distinguido”. Es miembro de número y directivo del Centro de Estudios Histórico Militares del Perú; integrante de la BSFI y miembro consultivo de la Asociación Bicentenario 2021. Coautor del libro "Historia del Arma de Ingeniería del Ejército del Perú"; publica textos de historia en revistas del Perú y del extranjero. Además, es ingeniero civil en ejercicio, con Maestría en Administración y egresado del Doctorado en Ciencias Sociales con especialidad en Historia por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.